

Carta de Carlos Paez Vilaro

“ En 1972 un avión de la Fuerza Aérea Uruguaya que trasladaba al equipo de rugby Old Christians de Uruguay, se estrelló a más de 4.200 metros de altura mientras cruzaba la cordillera de los Andes. En ese avión viajaban 44 pasajeros y solo 16 sobrevivieron, entre ellos yo, que en ese entonces contaba con 18 años de edad...

Hoy estamos frente a una situación similar a cuando en la cordillera escuchamos por radio, 10 días después de la caída del avión, que se había suspendido la búsqueda, que nos habían abandonado y daban por muertos.

En ese momento, dejamos de esperar el rescate de afuera (una vacuna) y nos dimos cuenta que sobrevivir y salir adelante dependía solo de nosotros.

Nos conectamos entonces con nuestro máximo potencial físico, mental, emocional y espiritual y nos dimos cuenta de que no podíamos gastar nuestra energía hablando de cosas que no podíamos cambiar, que no dependían de nosotros y nos deprimían (como la queja y el miedo, que nos paralizaba y nos consumía toda nuestra energía, que era muy poca y había que usarla muy eficientemente.

Aprendimos que las cosas que ocurren en la vida no son ni buenas ni malas, son solo hechos, y las tenemos que aceptar, no con la mente sino con el corazón, aunque duela.

Cuando se acepta la realidad tal cual es, se deja de sufrir y de pelear la mente con la realidad. **Se empieza a ser parte de la solución y no del problema. Y ahí aparecen muchas posibilidades. Se aprende que lo importante no es lo que pasa, sino lo que hacemos con lo que nos pasa.**

En la cordillera aprendimos muy rápido que teníamos que trabajar en equipo para construir una sociedad solidaria donde los bienes pertenecían a la comunidad; donde las normas aparecían cuando eran necesarias, y la primera fue que estaba prohibido quejarse! El único objetivo era sobrevivir, no yo, todos! Sin excusas. Y hoy ,47 años después solo tengo gratitud por todo lo que aprendimos”